



**LA GRAN Y SANTA SEMANA
EN LA IGLESIA ORTODOXA**



PREFÁCIO

S.E.R. Metropolita Iosif de
Buenos Aires y Sudamérica



Uno de los compromisos que hemos asumido desde el principio de nuestra *diaconía* es la catequesis y la formación en la fe de nuestros fieles. En este marco presentamos este nuevo material para la Semana Santa que se ha traducido y adaptado desde un material ofrecido por la Sacra Arquidiócesis de (Norte-)América.

El material tiene un lenguaje directo y simple, y la información que provee tiene un carácter netamente catequético e informativo para que pueda ser utilizado tanto por nuestros fieles, así como por cualquier otro interesado que desee informarse sobre cómo los ortodoxos vivimos la semana santa.

Agradezco a S.E.R. el Obispo de Nazianzo, Mons. Atenágoras, director del departamento de educación religiosa de la Arquidiócesis de EEUU con quien hemos colaborado para esta edición conjunta que será publicada en ambas arquidiócesis del Trono Ecuménico en las Américas.

Ofrecemos, pues, este material en español para todos los hispanoparlantes de nuestro continente con la esperanza que tenga frutos a nivel espiritual y asista a nuestros fieles para vivir esta gran y santa semana de la mejor manera, con apertura espiritual y, sobre todo, con la necesaria receptividad que los capacite a recibir la luz increada que emana del sepulcro vacío del Cristo.

Asimismo los Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini han realizado la traducción del material en lengua portuguesa y su edición y, por ello, les agradezco profundamente por su inestimable colaboración.

Por fin, deseamos a todos que esta semana santa sea una oportunidad para reforzar nuestra fe, purificarnos de las máculas pasionales de nuestro ego-mente y así podamos seguir adelante con nuestra vida reconfortados con la certeza y el conocimiento plenos de que Cristo resucitó de entre los muertos y ya nos ha concedido ricamente aquella Vida que es “*amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio.*” (Gal. 5: 22-23)

En la sede arquidiocesana, Abril de 2023.



SÁBADO DEL SANTO Y JUSTO AMIGO DE CRISTO LÁZARO

INTRODUCCIÓN

El sábado anterior a la Semana Santa, la Iglesia Ortodoxa conmemora una de las principales fiestas del año, el milagro de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo cuando resucitó a Lázaro de entre los muertos, después de haber permanecido en el sepulcro cuatro días.

Aquí, al final de la Gran Cuaresma y los cuarenta días de ayuno y penitencia, la Iglesia combina esta celebración con la del Domingo de Ramos, y *da la clave de lectura para la celebración de toda la semana que es **el triunfo de la Vida -Cristo- sobre la muerte a través de la resurrección.***

Así, con victoria y alegría la Iglesia da testimonio del poder de Cristo sobre la muerte y lo exalta como Rey antes de entrar en la semana más solemne del año, la que conduce a los fieles a la conmemoración de su sufrimiento y muerte, que necesariamente decanta en la gran y gloriosa Fiesta de Pascua.

MARCO BÍBLICO

La historia de la resurrección de Lázaro de entre los muertos por Jesucristo se encuentra en el Evangelio de Juan 11:1-45. Lázaro se enferma y sus hermanas, María y Marta, envían un mensaje a Jesús diciendo: “Señor, *el que amas está enfermo*”. En respuesta al mensaje, Jesús dice: “*Esta enfermedad no es de muerte; antes bien, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*» (vv. 1-4).

Jesús no fue inmediatamente a Betania, el pueblo donde vivía Lázaro con sus hermanas, en cambio, permaneció en el lugar donde se hospedaba durante dos días más. Pasado este tiempo, les dijo a sus discípulos que debían retornar a Judea. Los discípulos inmediatamente expresaron su preocupación, afirmando que los judíos habían tratado de apedrearlo recientemente (Jn. 10:31). Jesús respondió a sus discípulos: “*¿No hay doce horas de luz? Los que caminan de día no tropiezan, porque ven la luz de este mundo. pero los que andan de noche tropiezan, porque no hay luz en ellos*” (vv. 5-10).

Después de decir esto, Jesús les dijo a sus discípulos que Lázaro se había dormido y que iba allí a despertarlo. Los discípulos se preguntaban por qué iba a despertar a Lázaro, si le hacía bien dormir estando él enfermo. Jesús, sin embargo, se estaba refiriendo a la muerte de Lázaro, y así les dijo directamente a los discípulos que Lázaro estaba muerto (vv. 11-14).

Cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro ya llevaba cuatro días en el sepulcro. Como Betania estaba cerca de Jerusalén, muchos de los judíos habían venido a consolar a María y Marta. Cuando Marta escuchó que Jesús se acercaba, fue a su encuentro y le dijo: *“Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero incluso ahora sé que Dios te dará todo lo que le pidas”*. Jesús le dijo que su hermano resucitará. Marta dijo que sabía que él resucitaría en la resurrección del último día. Jesús respondió: *“Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás”*. Jesús le preguntó a Marta si creía esto. Ella le dijo: *“Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que viene al mundo”* (vv. 17-27).

Marta volvió para decirle a María que Jesús había venido y preguntaba por ella. María fue a su encuentro y la seguían los que la consolaban. Los dolientes la siguieron pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó a Jesús, se postró a sus pies y dijo: *“Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”*. Jesús la vio llorando y a los que estaban con ella, y se conmovió profundamente. Pidió que lo llevaran a la tumba de Lázaro. Mientras Jesús lloraba por Lázaro, los judíos decían: *“Mirad cómo lo amaba”*. Otros se preguntaban si Jesús podía abrir los ojos de los ciegos, ciertamente podría haber evitado que Lázaro muriera (vv. 28-37).

Jesús se acercó al sepulcro y pidió que quitaran la piedra que cubría la puerta. Marta comentó que Lázaro ya había estado en la tumba durante cuatro días y que habría hedor. Jesús respondió: *“¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?”* La piedra fue quitada, y Jesús miró hacia el cielo y dijo: *“Padre, te doy gracias por haberme oído, pero he dicho esto por causa de la multitud que está aquí, para que crean que tú me enviaste”*. Habiendo dicho esto, gritó a gran voz: *“¡Lázaro, sal fuera!”* Lázaro salió de la tumba, atado con las tiras de la tela del entierro, y Jesús dijo: *“Desatadlo y dejadlo ir”* (vv. 38-44).

Como resultado de este milagro, muchos de los judíos que estaban presentes creyeron en Jesús. Otros fueron y contaron a los fariseos lo que Jesús había hecho. En respuesta, los fariseos y los principales sacerdotes se reunieron y consideraron cómo arrestarlo y darle muerte (v. 45ss).

Este milagro es realizado por Cristo como la última señal gloriosa a sus discípulos antes de la Pasión venidera: deben comprender que, aunque sufre y muere, es Señor y Vencedor de la muerte. **La resurrección de Lázaro es una profecía en forma de acción que prefigura la propia Resurrección de Cristo ocho días después, y al mismo tiempo anticipa la resurrección de**

todos los justos en el Día Postrero: Esta señal apocalíptica hace alusión directa a **“las primicias salvadoras de la regeneración del mundo”** que Cristo realiza en sí mismo y luego las traslada a todos aquellos que se identifican con Él en todos los tiempos hasta la resurrección final en las postrimerías.

Como subrayan los textos litúrgicos, el milagro de Betania revela las dos naturalezas de Cristo, Dios-hombre. Cristo pregunta dónde está Lázaro y llora por él, y así muestra la plenitud de su humanidad, que implica la natural emocionalidad humana y el dolor genuino por un amigo amado. Luego, revelando la plenitud de su Divinidad, Cristo resucita a Lázaro de entre los muertos, aunque su cadáver ya ha comenzado a descomponerse.

Esta realidad de la doble plenitud de la divinidad del Señor y de su humanidad en su única hipóstasis debe tenerse presente durante toda la Semana Santa y, sobre todo, el Viernes Santo. En la Cruz vemos una genuina agonía humana, tanto física como mental, pero siempre voluntarias y configuradas a la realidad de la Divinidad.

ICONOGRAFÍA

El ícono del sábado de Lázaro muestra a Cristo exhortando a su amigo a salir de la tumba. Lázaro está saliendo de la tumba, todavía atado con las tiras de tela funeraria. Sus hermanas, María y Marta, se inclinan ante Cristo, expresando tanto su dolor por la muerte de su hermano, como también su fe en Cristo como Mesías e Hijo de Dios. Junto a ellos está alguien que ha seguido el pedido de nuestro Señor y ha quitado la piedra de la



puerta del sepulcro.

De pie con Cristo están sus discípulos que son testigos de este milagro. En el centro del ícono hay una persona que representa a la multitud que también presenció el milagro. Algunos creyeron, pero otros – malintencionadamente– fueron y se lo dijeron a los fariseos y a los principales sacerdotes, quienes continuaron con sus maquinaciones para lograr el arresto de Cristo y su muerte. Al fondo se representa la ciudad amurallada de Jerusalén, donde Cristo llegará triunfante al día siguiente.



CELEBRACIÓN

El Sábado de Lázaro se celebra con la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo, que es precedida por el servicio de Maitines. El viernes anterior a la fiesta, las Vísperas se celebran en conjunción con la Liturgia Presantificada o, en su defecto, según el orden del *Triodion*. El día y conmemoración recibe su nombre del milagro de Cristo registrado en el Evangelio. Tanto esta fiesta como el Domingo de Ramos son festividades jubilosas de la Iglesia, por lo que se utilizan colores vivos para las vestiduras y la Santa Mesa.

Las lecturas bíblicas para el Sábado de Lázaro son: En el *Orthros* (Maitines): No se lee el Evangelio. En la Divina Liturgia: Hebreos 12:28-13:8 y Juan 11:1-45.

En la Divina Liturgia de Lázaro del sábado, el verso bautismal de Gálatas -"Todos los que han sido bautizados en Cristo, se han revestido de Cristo"- (Gal. 3:27) reemplaza al *Himno Trisagion*, indicando así el **carácter resurreccional** de la celebración, y el hecho de que el Sábado de Lázaro fue, en el Cristianismo antiguo, uno de los pocos grandes días bautismales en el Año litúrgico.

HIMNOGRAFÍA

APOLYTIKION: PRIMER MODO

Al resucitar a Lázaro de entre los muertos antes de tu Pasión, Tú ¡Oh Cristo Dios! confirmaste la resurrección universal. Nosotros, pues, como los niños con palmas de victoria, te clamamos, oh Vencedor de la Muerte; ¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

KONTAKION: SEGUNDO TONO

Cristo, que es la Alegría, la Verdad y la Luz de todo, la Vida del mundo y la Resurrección, se ha manifestado en su bondad a los que están en la tierra. Él se ha convertido en la imagen de nuestra resurrección, otorgando a todos la remisión divina.

EXAPOSTEILARIA: TERCER MODO

Por tu palabra, oh Logos de Dios, Lázaro salta ahora de la muerte, habiendo vuelto a esta vida. Por eso los pueblos te honran con sus ramas, oh Poderoso; porque Tú destruirás completamente el Hades con Tu propia muerte.

Cristo ya te ha despojado por medio de Lázaro, oh muerte. ¿Dónde está tu victoria, oh Hades? Porque el lamento de Betania es entregado ahora a ti. Agitemos todos contra ella nuestras ramas de la victoria.

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por los Rev. Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.

1. *The Lenten Triodion*. translated by Mother Mary and Kallistos Ware (South Canaan, PA: St. Tikhon's Seminary Press, 1994), pp. 57-58, 464-488.
2. Schmemmann, Alexander. *Great Lent: Journey to Pascha* (Crestwood, New York: St. Vladimir's Seminary Press, 1969), pp. 79-85.
3. Calivas, Alkiviadis C. *Great Week and Pascha in the Greek Orthodox Church* (Brookline: Holy Cross Press, 1992), pp. 21-27.
4. Farley, Donna. *Seasons of Grace: Reflections on the Orthodox Church Year* (Ben Lomond, CA: Conciliar Press, 2002), pp. 123-126.
5. *Icon of the Raising of Lazarus provided by Athanasios Clark and used with permission.*



DOMINGO DE LAS PALMAS

*«Hosaná en las alturas:
Bendito el que viene en el nombre del Señor»*

INTRODUCCIÓN

El domingo anterior a la Fiesta de la Gran y Santa Pascua y al comienzo de la Semana Santa, la Iglesia Ortodoxa celebra una de sus fiestas más alegres y jubilosas del año. El Domingo de Ramos es la conmemoración de la entrada gloriosa de nuestro Señor a Jerusalén después de su señal-milagro de resucitar a Lázaro de entre los muertos.

Habiendo anticipado su llegada y habiendo oído hablar del milagro en Betania, el pueblo salió al encuentro del Señor y lo recibió con muestras de honor y gritos de alabanza.

En este día recibimos y adoramos a Cristo de la misma manera –desde el fondo de nuestro espíritu– reconociéndolo y confesándolo como nuestro Rey y Señor.

MARCO BÍBLICO Y CONTEMPLACIÓN: EL “REINO” QUE SE REVELA Y SE DA PARA TODOS

La historia bíblica del Domingo de Ramos está registrada en los cuatro Evangelios (Mateo 21:1-11; Marcos 11:1-10; Lucas 19:28-38; y Juan 12:12-18). Cinco días antes de la Pascua, Jesús vino de Betania a Jerusalén para su festejo. Habiendo enviado a dos de sus discípulos a traerle un pollino de un asno, Jesús montó sobre él y entró en la ciudad.

La gente se había reunido en Jerusalén para la Pascua y buscaban a Jesús, tanto por sus grandes obras y enseñanzas como porque habían oído hablar del milagro de la resurrección de Lázaro. Cuando oyeron que el Cristo entraba en la ciudad, salieron a su encuentro con ramas de palma, tendiendo sus vestidos en el suelo delante de Él y gritando: *¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el Nombre del Señor, el Rey de Israel!* Sin embargo, la misma gente que lo aclama en este día gritará su condena unos días después.

Al comienzo de su ministerio público, Jesús proclamó el Reino de Dios y anunció que los poderes del siglo venidero ya estaban activos en el presente (Lc. 7:18-22). **Sus palabras y obras poderosas fueron realizadas a lo largo de su vida como signos y señales para darse a conocer y así producir el arrepentimiento –metanoia– como respuesta natural a Su llamado, un llamado a un cambio interno de mente y corazón que resultaría en cambios concretos en la vida de uno, un llamado a seguirlo y aceptar su destino mesiánico.** La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén es un acontecimiento

mesiánico, es otra **señal-signo** a través del cual se declara y se revela su Divinidad.

El Domingo de Ramos nos convoca a contemplar y a recibir a nuestro rey: el Logos de Dios hecho carne. Estamos llamados a contemplarlo no simplemente como Aquel que vino a nosotros una vez montado en un pollino, sino como Aquel que nos da nuevamente la posibilidad de asemejarnos a Él, puesto que ha vencido la muerte y el pecado y ha curado nuestra naturaleza caída. Este Cristo también está siempre presente en Su Iglesia, viniendo incesantemente a nosotros en poder y gloria en cada Eucaristía, en cada oración y misterio, así como en cada acto de amor, bondad y misericordia. Viene a curarnos de todos nuestros miedos e inseguridades, *"para tomar posesión solemne de nuestra alma y entronizarse en nuestro corazón"*, como dijo alguien, siempre en plena libertad y en vistas de nuestra última liberación. Él viene no sólo para librarnos de nuestras muertes por Su muerte y Resurrección, sino también para hacernos capaces de alcanzar la más perfecta comunión y unión con Él. Él es el Rey, que nos libera de las tinieblas del pecado y de la esclavitud de la muerte. El Domingo de Ramos nos convoca a contemplar a nuestro Rey, vencedor de la muerte y dador de la vida.

El Domingo de Ramos nos incita e invita a aceptar tanto la regla como el Reino de Dios como fin y contenido de nuestra vida cristiana, **resumidos en el amor incondicional**. Así, obtenemos nuestra **identidad** del Cristo y su Reino. **El Reino es Cristo mismo, su poder indescriptible, misericordia sin límites y amor incomprensible dados gratuitamente al hombre para su perfección.**

El **Reino** no se encuentra en algún punto o lugar en un futuro lejano. En las palabras de la Escritura, el Reino de Dios no solo está cerca (Mt. 3:2; 4:17), está dentro de nosotros (Lc. 17:21). El Reino es, paradójicamente, una realidad presente así como una realización futura (Mt 6:10). Teofano el recluso escribió las siguientes palabras sobre el **Dominio** de Cristo Rey:

"El Reino de Dios está dentro de nosotros cuando Dios reina en nosotros, cuando el alma en lo más profundo confiesa a Dios como su Soberano, y le es obediente en todas sus facultades. Entonces Dios actúa dentro de él como maestro "tanto en el querer como en el hacer por su buena voluntad" (Fil. 2:13). Este reinado comienza tan pronto como nos decidimos a servir a Dios en nuestro Señor Jesucristo, por la gracia del Espíritu Santo. Entonces el cristiano entrega a Dios su conciencia y libertad, que comprende la sustancia esencial de nuestra vida humana, y Dios acepta el sacrificio; y de esta manera se logra la alianza del

hombre con Dios y de Dios con el hombre, y se restablece el pacto con Dios, que fue roto por la caída y sigue siendo roto por nuestros pecados voluntarios."

Asimismo, el Reino de Dios es la vida de la Santísima Trinidad en el mundo -ad extra- a través de su energía increada infinita. Es el **Dominio** de la santidad, la bondad, la verdad, la belleza, el amor, la paz, el perdón, la alegría y todas las virtudes que nos asemejan al Cristo y emanan de Aquel. Estas cualidades no son obras del espíritu humano. Proceden de la vida de Dios y revelan a Dios. **Una vez más: Cristo en nosotros mismos es el Reino.** Él es el Dios-Hombre, -el **Teántropo**- que reveló sin velos al Padre sobre la tierra (Jn. 1:1,14). "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, mas el mundo no le conoció. Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron" (Jn. 1:10-11).

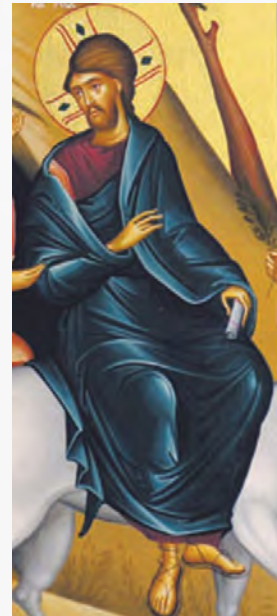
Por otra parte, el Domingo de Ramos nos invita a contemplar a nuestro Rey, que también es el Siervo Sufriente. No podemos entender la realeza de Jesús fuera de la Pasión. Lleno de infinito amor por el Padre y el Espíritu Santo, y por la creación, Jesús en su indecible humildad aceptó la infinita humillación de la Cruz. Él cargó con nuestros pecados y sobrellevó nuestras debilidades todas desde el principio hasta el fin de la creación; Él fue herido por nuestras transgresiones y se hizo a sí mismo una ofrenda por el pecado (Is. 53). Su glorificación, que se realizó por la resurrección y la ascensión, se materializa necesariamente a través de la Cruz:

"El Hijo y Verbo del Padre, así como Él sin principio y eterno, ha venido hoy a la ciudad de Jerusalén, sentado sobre una bestia muda, sobre un pollino de asno. Por temor los querubines no se atreven a mirarlo; sin embargo los niños lo honran inocentemente con palmas y ramas, y místicamente cantan un himno de alabanza: 'Hosanna en las alturas, Hosanna al Hijo de David, que ha venido a salvar del error a toda la humanidad'"

"Con nuestras almas puras y llevando palmas espiritualmente, con fe cantemos las alabanzas de Cristo, así como los niños, clamando a gran voz al Maestro: Bendito eres Tú, oh Salvador, que has venido al mundo para salvar a Adán de la antigua maldición: en Tu amor por la humanidad te has complacido en convertirte espiritualmente en el nuevo Adán. Oh Verbo, que dispusiste todas las cosas para nuestro bien, gloria a Ti." (himno del Orthros de la fiesta)

ICONOGRAFÍA

En el ícono de la Fiesta del Domingo de Ramos, Cristo es la figura central, representado sentado sobre un pollino de asna al entrar en Jerusalén, cumplimiento de la profecía de Zacarías (9:9). Cristo está bendiciendo con su mano derecha, y en su mano izquierda hay un rollo, que simboliza que Él es el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento sobre el Mesías, el Cristo que ha venido a redimirnos de nuestros pecados y destruir el poder de la muerte.

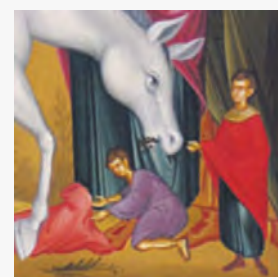


El pollino, uno de los animales considerados inmundos según la Ley, simboliza la inclusión de todos los pueblos y todas las naciones –toda la humanidad caída– en el nuevo pacto que se cumple por toda la economía redentora de Cristo (Is. 62:10-11) desde el principio del mundo hasta su compleción. También es una señal de que nuestro Señor ha revelado el Reino celestial y espiritual que ofrece una paz y trascendencia verdadera y duradera.



A la derecha, los discípulos acompañan a Jesús en su Entrada Triunfal. Representados a la izquierda están los judíos que lo saludan gritando “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” La palabra “Hosanna” significa “Salva, te lo ruego” o “Salva ahora”.

Los niños son los pequeños que están saludando a Cristo con ramas de palma y poniendo éstos y sus vestidos en el suelo delante de Cristo como muestras de honor para quien es reconocido como Rey. La ciudad de Jerusalén se muestra como los edificios amurallados, y el templo se representa como el edificio con la cúpula.



CELEBRACIÓN

El Domingo de Ramos se celebra con la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo, que es precedida por el servicio de Maitines. Una Gran Víspera se lleva a cabo el sábado por la noche según el orden prescrito en el *Triodion*. Las lecturas bíblicas para el Domingo de Ramos son: En las Vísperas: Génesis

49:1,8-12; Sofonías 3:14-19; Zacarías 9:9-15. En los Ortros (Maitines): Mateo 21:1-17. En la Divina Liturgia: Filipenses 4:4-9 y Juan 12:1-18.

En este domingo, además de la Divina Liturgia, la Iglesia observa la Bendición y Reparto de Ramos. Una canasta que contiene las cruces de palma tejidas se coloca sobre una mesa frente al ícono del Señor, que está en el Iconostasio. La oración para la bendición de las Palmas que reza el sacerdote o el obispo se encuentra en el *Hieratikón* o el *Euxológion*. Según las rúbricas del *Typikon*, esta oración se lee en el Orthros justo antes de los Salmos de Alabanza (Ainoi).

Luego se distribuyen las palmas a los fieles. En muchos lugares hoy en día, la oración se dice al final de la Divina Liturgia, antes de la *apólisis* (despedida) y es precedida por una procesión que recorre el perímetro del templo. El texto de la oración, sin embargo, indica claramente que es menos una oración para la bendición de las palmas, aunque ese es su título, y más una bendición para aquellos que, imitando el evento del Nuevo Testamento, sostienen las palmas en sus manos como símbolos de la victoria de Cristo y como signos de una vida cristiana virtuosa. Parece entonces que sería más correcto que los fieles sostuvieran las palmas de las manos durante el transcurso de la Divina Liturgia cuando la Iglesia celebra tanto la presencia como la venida del Señor en el misterio de la Eucaristía.

HIMNOLOGÍA

APOLYTIKION: PRIMER MODO

*Al resucitar a Lázaro de entre los muertos antes de tu pasión,
confirmaste la resurrección universal, ¡oh Cristo Dios! Como los niños
con las palmas de la victoria, te clamamos, oh vencedor de la muerte:
¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*

APOLYTIKION: CUARTO MODO

*Así como por el bautismo fuimos sepultados contigo, oh Cristo Dios
nuestro, así por tu resurrección fuimos considerados dignos de la vida
inmortal; y alabándote, clamamos: ¡Hosanna en las alturas; bendito el
que viene en el Nombre del Señor!*

KONTAKION: PLAGAL DEL SEGUNDO MODO

Sentado en tu trono en el cielo, llevado en un pollino en la tierra, oh Cristo Dios, acepta la alabanza de los ángeles y los cánticos de los niños que cantan: ¡Bendito el que viene a rescatar a Adán!

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por los Rev. Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.

1. *The Lenten Triodion*. translated by Mother Mary and Kallistos Ware (South Canaan, PA: St. Tikhon's Seminary Press, 1994), pp. 57-58, 464-488.
2. Schmemmann, Alexander. *Great Lent: Journey to Pascha* (Crestwood, New York: St. Vladimir's Seminary Press, 1969), pp. 79-85.
3. Calivas, Alkiviadis C. *Great Week and Pascha in the Greek Orthodox Church* (Brookline: Holy Cross Press, 1992), pp. 21-27.
4. Farley, Donna. *Seasons of Grace: Reflections on the Orthodox Church Year* (Ben Lomond, CA: Conciliar Press, 2002), pp. 123-126.
5. *Icon of the Raising of Lazarus* provided by Athanasios Clark and used with permission.



LOS SERVICIOS DE ESPOSO

«He aquí el Novio viene en el medio de la noche»

INTRODUCCIÓN

Comenzando en la noche del Domingo de Ramos y continuando hasta la noche del Martes Santo, la Iglesia Ortodoxa observa un servicio especial conocido como el Servicio del Esposo. Cada servicio de la tarde es el servicio de Maitines u *Orthros* del día siguiente (por ejemplo, el servicio que se celebra el domingo por la noche es el servicio de *Orthros* del Lunes Santo). El nombre del servicio proviene de la figura del Esposo en la parábola de las Diez Vírgenes que se encuentra en Mateo (25:1-13).

MARCO PROPEDÉUTICO Y CONCEPTUAL

Los oficios en cuestión constituyen un marco propedéutico y reflexivo en función al resto de la semana santa y es por ello que nos presentan una serie de temas basados principalmente en los últimos días de la vida terrenal de Jesús. La historia de la Pasión, contada y registrada por los evangelistas, está precedida por una serie de hechos ocurridos en Jerusalén y una colección de parábolas, dichos y discursos centrados en la filiación divina de Jesús, el Reino de Dios, la Parusía y el juicio por parte del Cristo de la hipocresía y las maquinaciones oscuras de los líderes religiosos.

Los servicios de los primeros tres días de la Gran Semana están basados en estos sucesos y dichos, y constituyen esta especie de catequesis de preparación mientras los sucesos de la vida terrena del *Teántropo* se intensifican y el dramatismo llega a su máximo. Se podría decir que los tres días constituyen una sola unidad litúrgica. Tienen el mismo ciclo, estructura y sistema de oración diaria.

Las lecciones de las Escrituras, los himnos, las conmemoraciones y las fórmulas que componen los elementos rituales en los respectivos servicios del ciclo destacan en su reflexión –siempre profunda y con un carácter eminentemente simbólico– aspectos significativos de la historia de la salvación, recordando los eventos que anticiparon la Pasión y proclamando la inevitabilidad y el significado de la Parusía en el marco de la “economía” del Logos desde el comienzo de los tiempos y hasta su compleción.

El *Orthros* de cada uno de estos días se llama el Servicio del Esposo (*Akolouthia tou Nimfiou*). El nombre proviene de la figura central de la conocida parábola de las diez vírgenes (Mt. 25:1-13). El título Novio-Esposo sugiere la intimidad del amor entre Cristo y la Humanidad-Iglesia. No deja de ser significativo que el Reino de Dios se compare con una fiesta nupcial y una cámara nupcial. El Cristo de la pasión es el Esposo divino de la Iglesia y, claro

está, de la humanidad toda. La imaginería connota la unión erótico-mística final del Amante y el amado. El título Esposo-Novio también sugiere la continua Parusía del Logos, postrera, pero también siempre-presente. En la tradición patristica, la mencionada parábola se relaciona con la Segunda Venida y está asociada con la necesidad de **ascesis**, es decir de vigilancia y preparación espiritual, por la cual se nos permite guardar los mandamientos divinos y recibir las bendiciones de la era venidera ya en este siglo. El Tropario "*He aquí que el Esposo viene en medio de la noche...*", que se canta al comienzo de los Orthros del Gran Lunes, Martes y Miércoles, relaciona a la comunidad adoradora con esa expectativa esencial: velar y esperar al Señor, que vendrá de nuevo para juzgar a los vivos y a los muertos.

LUNES SANTO

El Lunes Santo conmemoramos a **José el Patriarca**, el hijo amado de Jacob. José es una figura principal del Antiguo Testamento, y su historia se cuenta en la sección final del Libro de Génesis (caps. 37-50). Por sus excepcionales virtudes, cualidades y notable vida, nuestra tradición patristica y litúrgica presenta a José como "*tipos Christou*", es decir, como prototipo, prefiguración o imagen del Cristo.

La historia de José ilustra el misterio de la providencia, la promesa y la redención de Dios. Inocente, casto y justo, su vida da testimonio del poder del amor y la promesa de Dios. La lección que se debe aprender de la vida de José, en cuanto se relaciona con la redención final obrada por la muerte y resurrección de Cristo, se resume en las palabras que dirigió a sus hermanos que lo habían traicionado previamente: "*No temáis... porque vosotros pensasteis mal contra mí; pero Dios lo encaminó para bien, para hacer que mucha gente se mantuviera viva, como lo está hoy. Así que no temáis; Yo proveeré para vosotros y para vuestros pequeños*". Así los tranquilizó y los consoló" (Gen. 50:19-21). La conmemoración del noble, bendito y santo José nos recuerda que en los grandes acontecimientos del Antiguo Testamento, la Iglesia reconoce y vislumbra de manera preclara las realidades del Nuevo Testamento.

Asimismo, el Grande y Santo Lunes la Iglesia conmemora el acontecimiento de la **maldición de la higuera** (Mt. 21:18-20). En la narración del Evangelio se dice que este evento ocurrió al día siguiente de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (Mt. 21:18 y Mc. 11:12). Por esta razón decanta en el servicio del Gran Lunes. El episodio también es bastante relevante para semana santa. Junto con el evento de la purificación del Templo, este

episodio es otra manifestación-revelación del poder y la autoridad divinos de Jesús y también una revelación del juicio de Dios sobre la infidelidad de las clases religiosas judías.

La higuera es un símbolo de Israel que se vuelve voluntariamente estéril por su negativa en reconocer y recibir a Cristo y sus enseñanzas. La maldición de la higuera es una parábola en acción, un gesto simbólico, otra revelación, otro signo-señal.

Este episodio deja en claro que el “*cristianismo nominal*” no solo es inadecuado, sino también es una degeneración del llamado legítimo y primigenio, en cuanto otra versión de la hipocresía farisaica y, por ello, un obstáculo para acceder al Reino de Dios. La fe cristiana genuina es dinámica y fructífera. Penetra todo el ser y provoca una transformación positiva y plausible. La fe viva, verdadera y sin adulteración hace que el cristiano sea consciente de que ya es ciudadano del cielo y pueda situarse correctamente ante Dios como su creatura y no por sobre encima de Aquel en virtud de su ego. Por tanto, su forma de pensar, sentir, actuar y ser debe reflejar esta realidad. Los que pertenecen a Cristo deben vivir y andar en el Espíritu; y el Espíritu dará fruto en ellos: *amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza* (Gal. 5:22-25).

MARTES SANTO

El Martes Santo la Iglesia recuerda dos parábolas, que están relacionadas con la Segunda Venida. Una es la **parábola de las Diez Vírgenes** (Mateo 25:1-3); la otra, es la **parábola de los Talentos** (Mateo 25:14-30). Estas parábolas apuntan a la inevitabilidad y necesidad de la Parusía y tratan temas como la vigilancia y la mayordomía espiritual, la responsabilidad y el juicio.

De estas parábolas aprendemos al menos dos cosas básicas: primero, el Día del Juicio será como la situación en la que se encontraban las damas de honor (o vírgenes) de la parábola: algunas listas para él, otras no. El tiempo que uno decide dar y darse a Dios es ahora y no en un punto indefinido en el futuro. Si “*el tiempo y la marea no esperan a nadie*”, ciertamente la Parusía no es una excepción. **La tragedia de la puerta cerrada es que la cierran los individuos, no Dios.** La exclusión de la fiesta de bodas, el Reino, es de nuestra propia creación, es nuestra propia voluntad. En segundo lugar, se nos recuerda que la vigilancia no significa un desempeño fastidioso y sin espíritu de obligaciones religiosas formales y vacías. Vigilancia significa prontitud espiritual, estabilidad interior, sobriedad, serenidad, esperanza y alegría. Significa alerta espiritual, atención y circunspección. La vigilancia es la

profunda resolución personal de encontrar y hacer la voluntad de Dios, abrazar cada mandamiento y cada virtud, y proteger el intelecto y el corazón de los silogismos negativos y sus consecuentes emociones y acciones. La vigilancia es amor intenso por Dios.

MIÉRCOLES SANTO

El Miércoles Santo la Iglesia invita a los fieles a centrar su atención en dos figuras: **la mujer pecadora** que ungió la cabeza de Jesús poco antes de la pasión (Mateo 26,6-13), y **Judas**, el discípulo que traicionó al Señor, en una continua **tensión comparativa**: la primera reconoció a Jesús como Señor, mientras que el segundo se separó del Maestro; una fue liberada, mientras que el otro se convirtió en esclavo; una heredó el Reino, mientras que el otro cayó en la perdición. Estos dos personajes ya arquetípicos en el imaginario cristiano evocan temas profundos relacionados con la gestión de la libertad, la elección del pecado y su contraposición, que es la *metanoia*.

La **metanoia** de la mujer se contrasta con la trágica caída del discípulo elegido. El *Triodion* deja claro que Judas pereció, no simplemente porque traicionó a su Maestro, sino porque, habiendo caído en el pecado de la traición, se negó a creer en la posibilidad del perdón. Si deploramos las acciones de Judas, no lo hacemos con una santurronería vengativa e hipócrita, sino siempre conscientes de nuestra propia debilidad. En general, todos los pasajes del *Triodion* que parecen estar dirigidos contra los que descreen del Mesías deben entenderse de la misma manera. Cuando el *Triodion* denuncia a los que rechazaron a Cristo y lo entregaron a la muerte, reconocemos que estas palabras se aplican no solo a los demás, sino a nosotros mismos: **¿no hemos traicionado muchas veces al Salvador en nuestro corazón y lo hemos crucificado de nuevo?**

“He transgredido más que la ramera, oh amoroso Señor, pero nunca te he ofrecido mis lágrimas que fluyen. Pero en silencio me postro ante Ti y con amor beso Tus purísimos pies, suplicándote como Maestro que me concedas la remisión de los pecados; y a ti clamo, oh Salvador: librame de la inmundicia de mis obras.”

“Mientras la mujer pecadora traía aceite de mirra, el discípulo se puso de acuerdo con los transgresores. Ella se alegró de derramar lo que era muy precioso, él se apresuró a vender a Aquel que es superior a todo precio. Ella reconoció a Cristo como Señor, él se separó del Maestro. Ella fue puesta en libertad, pero Judas se convirtió en esclavo del enemigo. Penosa fue su falta de

amor. Grande fue su arrepentimiento. Concédeme también a mí tal arrepentimiento, oh Salvador que has sufrido por nosotros, y sálvanos.”

ICONOGRAFÍA

El ícono "El Esposo" retrata a Cristo durante su Pasión, particularmente durante el período en que nuestro Señor fue burlado y torturado por los soldados que lo coronaron de espinas, lo vistieron de púrpura y colocaron una caña en sus manos, burlándose de Él como el "Rey de los judíos."



CELEBRACIÓN

Los servicios que se llevan a cabo en la noche del Domingo de Ramos y en las noches del Lunes y Martes Santo son los servicios de maitines u *Orthros* del día siguiente. Después de la lectura de los Salmos al comienzo del servicio, se canta tres veces el *Tropario* propio del Servicio del Esposo. El Domingo de Ramos por la noche, mientras se canta este himno, el sacerdote lleva en procesión el ícono del *Cristo-Esposo* y lo coloca en medio del solea del templo y permanece allí hasta el Jueves Santo.

Las lecturas del Evangelio de los Maitines para cada uno de los Servicios del Novio o Esposo son: Lunes Santo: Mateo 21:18-43; Martes Santo: Mateo 22:15-46, 23:1-39; y Miércoles Santo: Juan 12:17-50.

En la mayoría de las parroquias puede llevarse a cabo una Liturgia Presantificada en las mañanas del Lunes, Martes y Miércoles Santo. La Liturgia de los Dones Presantificados tiene un carácter y un orden distintos a las anáforas de San Juan Crisóstomo y Basilio el Grande. Se compone de tres partes o secciones principales: a) el servicio de grandes vísperas propio de esta liturgia; b) el traslado solemne de los dones presantificados a la santa mesa; y c) la preparación y distribución de la sagrada comunión. La Liturgia no contiene la Anáfora, habiéndose consagrado los Dones del pan y del vino en la Divina Liturgia del domingo o sábado anterior.

Las lecturas bíblicas para cada una de las Liturgias Presantificadas son: Lunes Santo: Éxodo 1:1-21, Job 1:1-12, Mateo 24:3-35; Martes Santo: Éxodo 2:5-10, Job 1:13-22, Mateo 24:36-26:2; Miércoles Santo: Éxodo 2:11-23, Job 2:1-10, Mateo 26:6-16.

HIMNOGRAFÍA

TROPARIO

He aquí, el Esposo viene en medio de la noche, y bienaventurado sea el siervo a quien halle velando; y de nuevo, indigno es aquel a quien encontrará descuidado. Cuidate, pues, alma mía, de que no te venza el sueño, de que no seas entregada a la muerte y quedes fuera del Reino. Pero levántate y clama: Santo, Santo, Santo eres Tú, oh Dios, por la Theotokos, ten piedad de nosotros.

EXAPOSTELARIO

Tu cámara nupcial, oh mi Salvador, contemplo toda adornada, y no tengo vestido para poder entrar en él. Ilumina la vestidura de mi alma, oh Dador de la Luz, y sálvame.

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por los Rev. Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.



EL MISTERIO DE LA SANTA UNCIÓN

*“Si alguno de vosotros está enfermo,
llame a los presbíteros de la iglesia”*

INTRODUCCIÓN

En la tarde o noche del Grande y Santo Miércoles se lleva a cabo en las parroquias ortodoxas el Sacramento o Misterio de la Santa Unción. El misterio de la Santa Unción se ofrece para la curación del alma y del cuerpo, y para el perdón y la remisión de los pecados ya que, muchas veces, al sanarse el alma, se sana luego el cuerpo.

Al final del servicio del misterio, los sentidos del cuerpo son ungidos con el aceite consagrado y la gracia de Dios, que cura las enfermedades del alma y del cuerpo, es invocada sobre cada persona. El misterio –propio del jerarca- es delegado en el presbiterio y de ser posible es realizado por una reunión de sacerdotes, idealmente en número de siete, sin embargo, puede ser realizado por un número menor e incluso por un solo sacerdote.

HERMENÉUTICA

Cuando uno está enfermo y con dolor, muy a menudo puede ser un momento de la vida en el que uno se siente solo y aislado. El misterio de la Unción de los Enfermos, o Santa Unción como también se le conoce, nos

recuerda que cuando estamos en dolor, ya sea físico, emocional o espiritual, Cristo está presente con nosotros a través del ministerio de su Iglesia. Él está entre nosotros para ofrecer fuerza para enfrentar los desafíos de la vida, e incluso el acercamiento de la muerte.

Al igual que con la crismación, el aceite también se usa en este misterio como un signo vivo y dinámico de la presencia, la fuerza y la redención de Dios. Después de la consagración del óleo, la lectura de siete perícopas de diferentes Epístolas, siete lecciones del Santo Evangelio y el ofrecimiento de siete oraciones absolutorias, todas dedicadas a la remisión de los pecados y demás traumas del alma, el sacerdote unge los sentidos del cuerpo con el Santo Óleo. La Ortodoxía no considera que este misterio esté disponible solo para aquellos que están cerca de la muerte. Se ofrece a todos los que están enfermos de cuerpo, mente o espíritu.

El padre Thomas Hopko expone esto con lo siguiente:

"Cristo vino al mundo para cargar nuestras enfermedades. Uno de los signos de su mesiazgo divino fue sanar a los enfermos. El poder de curar permanece en la Iglesia ya que Cristo mismo permanece en la Iglesia por medio del Espíritu Santo".

"El Sacramento de la Unción de los enfermos es la oración específica de la Iglesia para la curación. Si la fe de los creyentes es lo suficientemente fuerte, y si es la voluntad de Dios, hay muchas razones para creer que el Señor puede sanar a los que están enfermos."

La base bíblica para el misterio en cuestión se encuentra en Santiago 5:14-16:

"Si alguno de vosotros está enfermo, llame a los presbíteros de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor; y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Por tanto, confesaos vuestros pecados unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados."

En la literatura cristiana antigua, se pueden encontrar testimonios indirectos del Misterio de la Unción en San Ireneo de Lyon y en Orígenes. Más tarde hay claros testimonios de ello en los Santos Basilio Magno y Juan Crisóstomo, quienes han dejado oraciones para la curación de los enfermos que entraron después en el rito de la Unción. En el siglo V, el Papa Inocencio I respondió a una serie de preguntas sobre el Misterio de la Unción, indicando en sus respuestas que a) debe realizarse "sobre los creyentes que están enfermos"; b) puede ser realizada también por un obispo, ya que no se debe ver en las palabras del Apóstol, que llame a los presbíteros, prohibición alguna para que un obispo participe en la acción sagrada; c) esta unción no se puede hacer "sobre los que están en penitencia eclesiástica", porque es un

"Misterio", y a los que están prohibidos los otros Misterios, ¿cómo se puede permitir sólo uno?

Como explica el padre Hopko:

"El propósito expreso del Sacramento de la Santa Unción es la curación y el perdón. Dado que no siempre es la voluntad de Dios que haya curación física, la oración de Cristo para que se haga la voluntad de Dios permanece siempre como el contexto propio del Sacramento. Además, es clara intención del Sacramento que mediante la unción del cuerpo enfermo se santifiquen los sufrimientos de la persona y se unan a los sufrimientos de Cristo, de esta manera se consagran las heridas de la carne y se fortalece, dado que el sufrimiento del enfermo no es para la muerte de su alma, sino para la salvación eterna en la resurrección y vida del Reino de Dios".

"De hecho, la muerte llega inevitablemente. Todos deben morir, incluso aquellos a quienes en esta vida se les da una absolución a través de la curación para tener más tiempo en la tierra. Por lo tanto, la curación de los enfermos no es en sí misma un objetivo final, sino que es meramente 'instrumental' en el sentido de que Dios lo da como un signo de su misericordia y como una gracia para que el hombre tenga más oportunidades de vivir para Aquel y para los demás en la vida de este mundo".

"En el caso de que una persona se encuentre obviamente en los momentos finales de su vida terrenal, la Iglesia tiene oraciones especiales para la 'separación del alma y el cuerpo'. Por lo tanto, es claro que el Sacramento de la Santa Unción es para los enfermos, tanto físicos como mentales, y no está reservado para el momento de la muerte. El Sacramento de la Unción no es de los 'últimos ritos' como a veces se piensa; el ritual de la unción en sí mismo de ninguna manera indica que deba administrarse únicamente en casos "extremos"."

CELEBRACIÓN

El misterio en sí requiere siete sacerdotes, siete lecturas de las Epístolas y los Evangelios, siete oraciones absolutorias y siete unciones con aceite bendecido específicamente durante el servicio. Aunque no siempre es posible realizar el ritual de esta manera, el procedimiento normal sigue siendo reunir a tantos sacerdotes y personas como sea posible.

Al final del servicio, el sacerdote lee la última absolución mientras impone el Evangelio sobre los fieles arrodillados; luego los unge mientras hace la señal de la cruz en los sentidos (para resumir muchos sacerdotes solo lo hacen en la frente y la parte superior y las palmas de las manos) diciendo: "Para la curación del alma y el cuerpo".

ORDEN DEL SERVICIO

ORACIONES INTRODUCTORIAS Y SALMOS 142 Y 50

En estos Salmos confesamos nuestra pecaminosidad ante Dios y le pedimos que nos limpie y haga un "*espíritu nuevo y recto dentro de nosotros*" (Salmo 50:10).

CANON

En esta serie de versos que se leen o cantan, le pedimos a Dios que tenga misericordia de nosotros y limpie nuestras almas, que aleje todos los poderes malignos, que conceda la salvación a los que están enfermos o que sufren, y que nos conceda la curación de nuestras almas y cuerpos. Al final de varios conjuntos de versículos, le pedimos a Dios que renueve nuestras vidas para que podamos bendecirlo, agradecerle y glorificarlo para siempre.

ORACIONES CORTAS O TROPARIA A LOS SANTOS

Rogamos a los santos especialmente anargiros y taumaturgos que han ayudado a los enfermos y a los que sufren, a los que han sido martirizados por la gloria de Dios, y a la Madre de Dios para que interceda por nosotros para la salvación de nuestras almas.

LECCIONES Y ORACIONES DE LA EPÍSTOLA Y EL EVANGELIO

Hay siete conjuntos de lecturas y oraciones de la Epístola y el Evangelio.

- a. Santiago 5:10-16; Lucas: 10:25-37
- b. Romanos 15:1-7; Lucas 19:1-10
- c. I Corintios 12:27-31; 13:1-8; Mateo 10:1,5-8
- d. 2 Corintios 6:16-18, 7:1; Mateo 8:14-23
- e. 2 Corintios 1:8-11; Mateo 25:1-13
- f. Gálatas 5:22-6:2; Mateo 15:21-28
- g. 1 Tesalonicenses 5:14-23; Mateo 9:9-13

Cada una de las siete oraciones absolutorias pide la remisión de nuestros pecados, la sanación de nuestras almas y cuerpos y la vida eterna.

HIMNOGRAFÍA

EXAPOSTILARION DEL SACRAMENTO

En misericordia, oh Bondadoso, pon Tus ojos sobre las peticiones de nosotros que hoy nos reunimos en tu Santo Templo, para ungir a los siervos enfermos con tu aceite divino.

TRES TROPARIOS

“Tú, que eres el único socorro rápido, oh Cristo, manifiesta tu pronta visita desde lo alto sobre tus siervos enfermos; líbralos de sus enfermedades y crueles dolores; y levántalos de nuevo para cantarte alabanzas, y sin cesar, para glorificarte; a través de las oraciones de la Theotokos, oh Tú, el único que amas a la humanidad.”

“Puesto que tenéis una fuente de curaciones, oh santos Anárgiros, dispensáis curas a todos los necesitados, porque os han sido concedidos dones muy grandes del manantial inagotable de Cristo nuestro Salvador. El Señor os dice a vosotros que imitéis el celo de los Apóstoles: "He aquí os he dado potestad sobre los espíritus inmundos, para que los expulséis y sanéis toda enfermedad y dolencia". Habiendo vivido verdaderamente según sus mandamientos, gracia recibisteis y por tanto de gracia dais, sanando las dolencias de nuestras almas y de nuestros cuerpos.”

“Atiende, oh Virgen purísima, las súplicas de tus siervos, y aplasta los asaltos de nuestros enemigos, librándonos de toda aflicción. Pues eres la única ancla segura que tenemos, y nuestra protección. No permitas que los que te invocamos, oh Señora nuestra, seamos avergonzados. Apresúrate a cumplir las súplicas de los que en la fe te claman: Alégrate, oh Soberana, auxiliadora de todos, gozo y protección, y salvación de nuestras almas.”

ORACIÓN DEL ACEITE

“Oh Señor que, en tus misericordias y generosidades, sanas los desórdenes de nuestras almas y cuerpos, Tú, el mismo Maestro, santifica este aceite, para que pueda ser eficaz para aquellos que serán ungidos con él, para curación y alivio de toda pasión, toda enfermedad de la carne y del espíritu, y todo mal; y para que en él sea glorificado tu Santísimo Nombre, del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.”

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por los Rev. Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.

1. Hopko, Father Thomas, *The Orthodox Faith Volume 2: Worship*. New York, The Department of Religious Education, *The Orthodox Church in America*, 1972, pp. 40-41.



SANTO Y GRAN JUEVES

*«Pues no revelaré el misterio a tus enemigos,
ni te daré un beso como Judas».*

INTRODUCCIÓN

El jueves de Semana Santa se conmemoran cuatro eventos salvíficos en la “economía” del Logos Divino: el lavatorio de los pies de los discípulos, la institución del Sacramento-Misterio de la Sagrada Eucaristía en la Última Cena, la agonía en el huerto de Getsemaní y la traición de Cristo por Judas.

LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

En la Cena Mística –o última cena- en el Cenáculo, Jesús dio un significado radicalmente nuevo a la comida y la bebida de la comida sagrada de la fiesta pascual. El mismo se identificó con el cordero pascual sacrificado y, consecuentemente, con pan y el vino que se consumieron aquella noche: *"Tomad, comed, esto es mi Cuerpo. Bebed de él todos vosotros, porque esta es mi Sangre de la Nueva Alianza"* (Mateo 26, 26-28).

Hemos aprendido a equiparar la comida con la vida porque sostiene nuestra existencia terrenal. En la Eucaristía, el alimento humano distintivamente único, el pan y el vino, se convierte en nuestro don de vida. Consagrados y santificados, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Esta mutación no es física, sino mística y sacramental, producida por la energía increada de la Trinidad.

En la comida eucarística Dios mismo entra en una comunión de vida tal con los hombres que alimenta a la humanidad toda con su propio ser, sin dejar de ser distinto. En palabras de San Máximo el Confesor, Cristo, *"nos transmite la vida divina, haciéndose comestible"*. El Autor de la vida rompe las limitaciones de nuestra creación. Cristo actúa para que *"nos hagamos partícipes de la naturaleza divina"* (2 Pe. 1:4).

La Eucaristía está en el centro de la vida de la Iglesia. Es su oración más profunda y su actividad principal. Es al mismo tiempo la fuente y la cumbre de su vida y operación. En la Eucaristía la Iglesia manifiesta su verdadera naturaleza y se transforma continuamente de una comunidad humana en el Cuerpo Místico de Cristo, el Templo del Espíritu Santo y el Pueblo electo de Dios. La Eucaristía es el sacramento-misterio por excelencia. Completa todos los demás y resume toda la “economía” de la salvación. Nuestra nueva vida en Cristo es constantemente renovada y aumentada por la Eucaristía. La Eucaristía imparte vida y la vida que da es la vida de Dios mismo a quienes la reciben con fe inexpugnable e inmovible y con la necesaria amplitud receptiva a nivel álmico.

En la Eucaristía la Iglesia conmemora –hace *anamnesis*- y actualiza místicamente todos los eventos de la “economía crística” para nuestra redención. Esto no sugiere que la Eucaristía intente recuperar un evento pasado, ya que en la sintonía litúrgica el tiempo se desdobra también de manera mística. La Eucaristía no repite lo que no se puede repetir, ya que

fue realizado "de una vez y para siempre", pero re-actualiza esa *continuidad-perpetuidad* que supone la acción redentora del Cristo. El alimento eucarístico por la acción del Espíritu Paráclito se transforma concreta y realmente en el Cuerpo y la Sangre del Cordero de Dios, "*que se entregó a sí mismo por la vida del mundo*".

Cristo, el *Teántropo*, se ofrece continuamente a los fieles a través de los Dones consagrados, es decir, su mismo Cuerpo resucitado y deificado, que por nosotros murió una vez y ahora vive para siempre (Heb. 10:2; Ap. 1:18). De ahí que los fieles acudan a la Iglesia semana tras semana no sólo para adorar a Dios -que es la acción natural del hombre sano espiritualmente hacia Dios- y escuchar su palabra. Vienen, ante todo, a experimentar una y otra vez el misterio de la salvación y a unirse íntimamente a la Pasión y Resurrección del Señor Jesucristo a través de la Eucaristía.

En la Eucaristía recibimos y participamos del Cristo resucitado. Participamos de su carne sacrificada, resucitada y deificada, "*para la remisión de los pecados y la vida eterna*". En la Eucaristía Cristo derrama en nosotros -como don permanente y constante- el Espíritu Santo, "*el cual da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios -y como hijos- también herederos con Cristo*" (Rom. 8:16-17).

EL LAVATORIO DE LOS PIES

La iniciación realizada por Jesús a sus discípulos en la Cena Mística fue profundamente significativa: al enseñarles y darles sus instrucciones finales y al orar también por ellos, Él reveló nuevamente su filiación y autoridad divinas. Al instituir la Eucaristía, consagra a la perfección los propósitos más íntimos de Dios para nuestra salvación, ofreciéndose a Sí mismo como Comunión y Vida. Al lavar los pies de sus discípulos, los purificó, resumió el significado de su ministerio, manifestó su amor perfecto y reveló su profunda humildad.

El acto del lavatorio de los pies (Jn. 13:2-17) está íntimamente relacionado con el sacrificio de la Cruz. Ambos revelan aspectos de la *kénosis* de Cristo. Mientras que la Cruz constituye la máxima manifestación de la perfecta obediencia de Cristo a su Padre (Fil. 2:5-8), el lavatorio de los pies significa su intenso amor y la entrega de Sí mismo a cada persona según la capacidad receptiva de esa persona para recibirlo (Jn. 13:6-9).

ORACIÓN EN EL JARDÍN DE GETSEMANÍ

Los evangelios sinópticos nos han preservado otro episodio significativo en la serie de eventos que conducen a la pasión, a saber, la agonía y la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 22:39-46).

Aunque Jesús era Hijo de Dios, estaba destinado como hombre a aceptar plenamente la condición humana, a experimentar el sufrimiento y a aprender la obediencia. Despojándose de las prerrogativas divinas, el Hijo de Dios asumió voluntariamente el papel de siervo. Aunque Él mismo no tenía pecado, se alió con toda la raza humana, se identificó con la situación humana y experimentó las mismas pruebas (Fil. 2:6-11; Heb. 2:9-18) a fin de redimirla en su totalidad.

De esta manera toda la contingencia humana, su fragilidad y hasta sus fracasos vienen asumidos, absorbidos y sublimados en la unión hipostática del Logos que, aún viviendo como hombre perfecto, permanece necesariamente impecable ya que, habiendo anulado el pecado original, eleva y une la humana naturaleza a la divinidad en su propia persona.

Los emocionalmente conmovedores eventos en el Huerto de Getsemaní revelaron de manera dramática y vibrante la perfecta naturaleza humana de Cristo. El sacrificio que iba a soportar por la salvación del mundo era inminente. El permite voluntariamente *-έκουσίως-* que la muerte, con toda su fuerza brutal y furia, su terrible carga y temor *-calamitosos resultados del pecado ancestral en el hombre caído-* (Heb. 5:7) sea sufrida para la redención del género humano. Instintivamente, como hombre, buscó escapar de ella, en cuanto permite *-transige-* que en sí mismo tengan lugar las pasiones inocentes. En su agonía oró a Su Padre: *"Abba, Padre, todo es posible para ti; pasa de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que Tú"* (Mc. 14:36).

Su oración reveló la profundidad de su agonía y dolor, así como la perfecta configuración de ambas naturalezas en su única hipóstasis: reveló, entonces, también su *"incomparable fuerza espiritual y su deseo y decisión inamovibles de hacer la voluntad del Padre"*. Jesús ofreció su amor incondicional y confianza al Padre. Llegó a los límites extremos de la abnegación *"no lo que yo quiero"* para cumplir la voluntad de su Padre y así realizar su "economía" salvífica. Su aceptación de la muerte no fue una especie de pasividad y resignación estoica, sino un acto voluntario de amor y obediencia absolutos. En ese momento de decisión, cuando declaró que su aceptación de la muerte estaba de acuerdo con la voluntad del Padre, rompió el poder del temor a la muerte *-ya que en él no había pecado-* con todas las incertidumbres, ansiedades y limitaciones que la acompañan. (Heb. 5:8-9).

LA TRAICIÓN

Judas traicionó a Cristo con un beso, señal de amistad y amor. La traición y crucifixión de Cristo llevan a las consecuencias del pecado ancestral a sus límites extremos, ya que en estos dos actos la rebelión de los hombres contra Dios alcanza su máxima capacidad y fuerza. *La seducción del hombre en el paraíso culminó con la muerte de Dios en la carne.* No obstante, aquella muerte fue diferente, fue vivificante, redentora, ya que, por fin, anuló

el poder de la muerte y del pecado. El mal al final, sin embargo, se muestra como una mentira, un absurdo y una pura locura. La muerte y resurrección de Cristo dejan al mal y al pecado impotentes y abren la posibilidad de una nueva relación con Dios que sublima todas las consecuencias del pecado de los antepasados para todos aquellos que aceptan voluntariamente la nueva propuesta existencial.

En el Gran Jueves, la luz y la oscuridad, la alegría y la tristeza se mezclan de una manera tan extraña y paradójica. En el aposento alto y en Getsemaní se manifiestan simultáneamente la luz del Reino y las tinieblas del infierno. El camino de la vida y el camino de la muerte convergen. Los encontramos a ambos en nuestro viaje por la vida. En medio de las trampas y tentaciones que abundan en el mundo que nos rodea y en nosotros mismos, debemos estar deseosos de vivir en comunión con todo lo que es bueno, noble, natural y, consecuentemente, sin pecado, formándonos por la gracia de Dios a la semejanza de Cristo.

ICONOGRAFÍA

En el ícono de la última cena Cristo es la figura central en la mesa. San Juan, el discípulo amado (Evangelista, Teólogo) está sentado a la derecha de Cristo; como el más joven de los discípulos, se le representa sin barba. Judas Iscariote, el Traidor, es la tercera figura desde la izquierda de Cristo; se le representa sumergiendo su mano en el plato (Mt. 26:20-25). San Juan, el discípulo amado, recibe en su mano izquierda un trozo del Cuerpo de Cristo; otro bocado está sobre la mesa delante de Cristo. El cáliz que contiene la preciosa sangre de Cristo está en su mano izquierda.

CELEBRACIÓN

Varios servicios únicos marcan la celebración ortodoxa del Jueves Santo. El servicio principal del día es la divina liturgia vespertina de San Basilio que se lleva a cabo el Jueves Santo por la mañana. Esta Liturgia conmemora la institución de la Sagrada Eucaristía.

Las lecturas bíblicas para la liturgia son: Éxodo 19:10-18; Job 38:1-21, 42:1-5; Is. 50:4-11; 1 Cor. 11:23-32; y Mt. 26:2-20; Jn. 13:3-17; Mt. 26:21-39; Lc. 22:43-45; Mt. 26:40-27:2.

SANTO CRISMA

En la antigüedad cristiana era costumbre bautizar a los catecúmenos en la fiesta de la Pascua. Los óleos crismales, utilizados para la unción de los neófitos o recién bautizados, se consagraban con antelación, el Jueves Santo. Esta práctica continuó hasta finales de la Edad Media. El servicio de consagración se llevaba a cabo anualmente. Con el tiempo, sin embargo,

comenzó a celebrarse ocasionalmente, a medida que surgía la necesidad de sustituir el Crisma por uno nuevo.

El Santo Crisma también se llama Santo Myron. Es una mezcla de aceite de oliva, bálsamo, vino y unas cincuenta y siete sustancias aromáticas provenientes de diversas regiones del mundo que simbolizan la plenitud de la gracia misteriosa-sacramental, la dulzura de la vida cristiana y los múltiples y diversos dones del Espíritu Santo, así como la universalidad de la Iglesia.

En el Patriarcado Ecuménico de Constantinopla se bendice el Santo Crisma durante la Liturgia de este día santo. El rito tiene lugar inmediatamente luego de la elección de un nuevo Patriarca y, luego, aproximadamente cada diez años, de acuerdo a la necesidad de la Iglesia Ortodoxa Universal. La producción de Myron realizada en Constantinopla por el Patriarca Ecuménico asistido por representantes de todos los Patriarcados e Iglesias Autocéfalas y Autónomas se distribuye en todo el mundo a las arquidiócesis, diócesis y sus respectivas parroquias y monasterios de todas las jurisdicciones ortodoxas, y sirve para realizar los sacramentos-misterios que presuponen su uso. De esta manera, el Santo Crisma es símbolo de la unión de todos los ortodoxos en la fe común que es el vínculo inquebrantable que sostiene a la Iglesia.

EL SACRAMENTO RESERVADO

Por costumbre se consagran dos Corderos en la Divina Liturgia del Jueves Santo. El segundo Cordero se usa como Sacramento Reservado. El Sacramento Reservado se usa especialmente para dar la comunión a los enfermos y en otras urgencias.

El Sacramento Reservado del año anterior es consumido por el sacerdote después de la Liturgia el Gran Jueves o el Gran Sábado de la manera habitual.

En caso de que el Sacramento Reservado se haya agotado, o por cualquier motivo se haya alterado, perdido o destruido, o no exista, como en el caso de la fundación de una nueva iglesia, el sacerdote puede consagrar un segundo Cordero en cualquier Divina Liturgia, y prepararlo de la manera descrita anteriormente y colocarlo en el *Artoforion*.

EL SERVICIO DEL *NEPTIRA* (LAVATORIO DE LOS PIES)

Parece que la Iglesia antigua realizaba una ceremonia del lavatorio de los pies anualmente, durante el Gran Jueves en imitación del evento de la Última Cena. En su mayor parte, se limitó a las iglesias catedrales y ciertos monasterios. Con el tiempo, el servicio cayó en desuso excepto en ciertas áreas, como Jerusalén donde aún se realiza.

Ahora está siendo recuperado por muchas diócesis en todo el mundo ortodoxo. El servicio es elaborado, dramático y conmovedor. Se lleva a cabo con especial solemnidad en el Patriarcado de Jerusalén y en el Monasterio de San Juan el Teólogo en la isla de Patmos.

HIMNOGRAFÍA

TROPARIO (PLAGAL DEL CUARTO MODO)

Cuando los gloriosos discípulos fueron iluminados en el lavatorio de sus pies antes de la cena, el impío Judas fue oscurecido por la enfermedad de la avaricia, y a los jueces inicuos te entregó a Ti, el Juez Justo. He aquí, este hombre a causa de la avaricia se ahorcó. ¡Huid del deseo insaciable que osaba tales cosas contra el Maestro! ¡Oh Señor que tratas con justicia a todos, gloria a Ti!

HIMNO DE COMUNIÓN

Recíbeme hoy, Hijo de Dios, como participe de tu mística Cena. Pues no revelaré el misterio a tus adversarios, ni te daré un beso como lo hizo Judas. Pero como el ladrón te confieso: ¡Señor, acuérdate de mí en Tu Reino!

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por los Rev. Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.

1. *The Lenten Triodion*. translated by Mother Mary and Kallistos Ware (South Canaan, PA: St. Tikhon's Seminary Press, 1994), pp. 60-61, 548-564.
2. Calivas, Alkiviadis C. *Great Week and Pascha in the Greek Orthodox Church* (Brookline: Holy Cross Press, 1992), pp. 51-62.
3. Farley, Donna. *Seasons of Grace: Reflections on the Orthodox Church Year* (Ben Lomond, CA: Conciliar Press, 2002), pp. 133-136.
4. Wybrew, Hugh. *Orthodox Lent, Holy Week and Easter: Liturgical Texts with Commentary* (Crestwood, NY: St. Vladimir's Seminary Press, 1997), pp. 101-104.



SANTO Y GRAN VIERNES

*«Hoy cuelga sobre un madero
Aquel que colgó la tierra sobre las aguas.»*

INTRODUCCIÓN

El Santo y Gran Viernes la Iglesia Ortodoxa conmemora la muerte de Cristo en la Cruz. Esta es la culminación de la observancia de su pasión por la cual nuestro Señor sufrió y murió para nuestra liberación total del dominio del demonio. Esta conmemoración comienza el jueves por la noche con los Maitines del Viernes Santo y concluye con las vísperas el viernes por la mañana en las cuales se celebra el descendimiento de Cristo de la Cruz y la colocación de su cuerpo en la tumba.

CONTEMPLACIÓN

En este día conmemoramos los sufrimientos de Cristo: las burlas, la corona de espinas, la flagelación, los clavos, la sed, el vinagre y la hiel, el grito desolador, y todo lo que soportó el Salvador en la Cruz.

El día de la muerte de Cristo es el día del dominio del hombre caído y del fracaso humano. El pecado –como negación de Dios–, que contaminó la creación de Dios desde el amanecer de los tiempos, alcanzó su espantoso clímax en la colina del Gólgota. Entonces, el fracaso de la humanidad –*ἀμαρτία*– y el mal, la destrucción y la muerte parecía que tendrían la última palabra en el drama mesiánico. Hombres impíos lo hicieron clavar en la Cruz, para destruirlo. Sin embargo, Su muerte condenó irrevocablemente al mundo caído al revelar su naturaleza verdadera y anormal.

En Cristo, que es el Nuevo Adán, no hay pecado y, por lo tanto, no hay muerte. Aceptó la muerte voluntariamente porque asumió toda la tragedia de nuestra vida, desde la creación hasta el fin de la misma. El escogió derramar su vida en el censo de la muerte para destruirla y para romper el yugo del mal. Paradójicamente su muerte es la revelación final y definitiva de su Divinidad, así como de su perfecta obediencia y amor al Padre y a la humanidad toda sin distinción.

Él sufrió por todos nosotros el dolor insoportable de la absoluta soledad y vejación: "*¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!*" (Mc. 15:34). Luego, aceptó libremente el último horror de la muerte con el clamor agonizante: "*Consumado es*" (Jn. 19:30). Su clamor fue al mismo tiempo una indicación de que Él tenía pleno control de su propia muerte y que su obra de redención fue cumplida. La paradoja, una vez más: mientras que nuestra muerte es la alienación radical, la suya es una realización total.

El día de la muerte de Cristo se ha convertido en nuestro verdadero día de (re-)nacimiento. Dentro del misterio de Cristo muerto y resucitado, la muerte adquiere un valor positivo, en cuanto aniquilada y alienada. Aunque la muerte física, biológica, todavía pareciera reinar, ya no es la etapa final de un largo proceso destructivo. Se ha convertido en la puerta indispensable, así como en el signo seguro de nuestra Pascua última, nuestro paso de la muerte a la Vida, en lugar de la vida a la muerte.

Desde el principio, la Iglesia observó una conmemoración anual de los tres días decisivos y cruciales de la historia sagrada, es decir, Gran Viernes, Gran Sábado y Pascua. El gran viernes y sábado se han observado como días de profundo dolor y estricto ayuno desde la antigüedad cristiana.

El viernes y sábado santos dirigen nuestra atención al juicio, crucifixión, muerte y sepultura de Cristo. Nos concentramos, pues, en el asombroso misterio de la extrema humildad de nuestro Dios sufriente. Por lo tanto, estos días son a la vez días de profunda tristeza y de expectación vigilante. El Autor de la Vida está obrando y transformando la muerte en Vida: *"Venid, veamos nuestra Vida yaciendo en la tumba, para que dé vida a los que en sus tumbas yacen muertos"* (Stichiron del Orthros del Gran Sábado Santo).

Litúrgicamente, el acontecimiento profundo y sobrecogedor de la muerte y sepultura de Dios en la carne está marcado por un tipo particular de silencio, es decir, por la ausencia de una celebración eucarística. El Gran Viernes y el Gran Sábado son los dos únicos días del año en los que no se celebra la asamblea eucarística. Sin embargo, antes del siglo XII era costumbre celebrar la Liturgia de las Ofrendas Presantificadas el Viernes Santo.

Los Servicios Divinos del Gran Viernes, con la riqueza de sus amplias lecciones bíblicas, su excelente himnografía y sus vívidas acciones litúrgicas, ponen de relieve la pasión de Cristo y su significado cósmico. Los himnos de los servicios de este día nos ayudan a ver cómo la Iglesia comprende y celebra el misterio imponente de la pasión y muerte de Cristo.

ICONOGRAFÍA

El Viernes Santo y Grande, las iglesias ortodoxas exhiben el ícono conocido como "Akra Tapeinosis - La Humildad Extrema". Este ícono representa el cuerpo muerto del Cristo crucificado en posición vertical en la tumba con la cruz al



fondo. Combina los dos impresionantes eventos del Gran Viernes: la crucifixión y el entierro de Cristo.

La Iglesia también tiene un ícono de la Crucifixión de Cristo. Se le muestra clavado en la Cruz. Su costado derecho está perforado y de la herida fluye sangre y agua. Al pie de la Cruz hay una calavera (Gólgota, el Monte de la Crucifixión, significa "el lugar de la calavera"). La Tradición relata que la Cruz de Cristo estaba directamente sobre la tumba de nuestro antepasado Adán. En la barra superior de la Cruz está la inscripción "I.N.B.I.", las iniciales de las palabras griegas que significan "Jesús de Nazaret, Rey de los judíos". A la izquierda de Cristo, también se representan a menudo a la Theotokos y Santa María Magdalena; el joven San Juan, el discípulo amado, y San Longino, el Centurión, (Mc. 15:39) se muestran a la derecha si están representados.



Otro ícono que representa los eventos del Viernes Santo se conoce como "O Epitaphios Thrinos -el lamento sobre el sepulcro". En este ícono, Cristo ha sido bajado de la Cruz y su cuerpo está siendo preparado para el entierro. Alrededor del cuerpo y de luto por su muerte se muestran su Madre, la Theotokos, Juan el discípulo amado, José de Arimatea y María Magdalena.



Además de estos íconos, las iglesias ortodoxas exhiben un gran crucifijo de madera con una imagen de Cristo adjunta. En las Vísperas del viernes por la mañana, la imagen de Cristo es bajada de la Cruz y envuelta en un paño blanco. Otro ícono, que representa el cuerpo de Cristo removido de la Cruz y que yace en el sepulcro, aparece en el llamado "Epitafio" que es una tela que se coloca en la tumba -*kouvouklion*- durante este servicio.

CELEBRACIÓN

Las conmemoraciones del Viernes Santo comienzan con el servicio de maitines realizado el jueves por la noche. El servicio es un servicio de Maitines único con doce lecturas del Evangelio que comienzan con el discurso de Cristo en la Última Cena y terminan con el relato de su sepultura: Juan 13:31-18:1, Juan 18:1-29, Mateo 26:57 -75, Juan 18:28 - 19:16, Mateo 27:3-

32, Marcos 15:16-32, Mateo 27:33-54, Lucas 23:32-49, Juan 19:38-42, Marcos 15: 43-47, Juan 19:38-42, Mateo 27:62-66.

Estas lecturas relatan las últimas instrucciones de Cristo a sus discípulos, la profecía del drama de la Cruz, la oración dramática de Cristo y su mandamiento nuevo. Después de la lectura del quinto Evangelio se realiza la procesión con la cruz alrededor de la iglesia, mientras el sacerdote canta la Decimoquinta Antífona:

"Hoy está colgado del madero, Aquel que colgó la tierra en medio de las aguas. Una corona de espinas corona a Aquel que es Rey de los Ángeles. Está envuelto en la púrpura de la burla Aquel que envolvió los Cielos con nubes. Recibió azotes Quien libertó a Adán en el Jordán. Fue traspasado con clavos Quien es el Esposo de la Iglesia. Fue traspasado con una lanza Aquel que es el Hijo de la Virgen.

Adoramos Tu Pasión, oh Cristo, muéstranos también tu gloriosa Resurrección."

Durante la Procesión, los cristianos ortodoxos se arrodillan y veneran la cruz y oran por su bienestar espiritual, imitando al ladrón en la Cruz que confesó su fe y devoción a Cristo. Luego, los fieles se acercan y besan con reverencia la cruz y el crucificado que se ha colocado en el frente de la iglesia.

El viernes por la mañana se realizan los servicios de las Grandes Horas Reales. Estos servicios son principalmente lecturas de oraciones, himnos y pasajes del Antiguo Testamento, Epístolas y Evangelios. Las lecturas bíblicas para estos servicios son: Primera Hora: Zacarías 11:10-13, Gálatas 6:14-18, Mateo 27:1-56; Tercera Hora: Isaías 50:4-11, Romanos 5:6-10, Marcos 15:6-41; Sexta Hora: Isaías 52:13-54:1, Hebreos 2:11-18; Lucas 23:32-49; Novena Hora: Jeremías 11:18-23,12:1-5,9-11,14-15, Hebreos 10:19-31, Juan 18:28-19:37.

Las vísperas del Viernes por la mañana son una continuación de las Horas Reales. Durante este servicio, el descenso del Cuerpo de Cristo de la Cruz se conmemora con un sentimiento de profundo duelo. Una vez más, se leen extractos del Antiguo Testamento junto con himnos, y nuevamente se relata la historia completa, seguido por el descenso de Cristo de la Cruz y el envoltorio de su cuerpo con una sábana blanca, tal como lo hizo José de Arimatea.

Mientras el sacerdote lee el Evangelio y recita "y tomando el cuerpo, José lo envolvió en una sábana blanca", retira el Cuerpo de Cristo de la Cruz, lo envuelve en una sábana blanca y lo lleva al altar. El sacerdote entonces canta un himno de duelo: "Cuando José de Arimatea te tomó, oh Vida de todos,

del Árbol muerto, te enterró con mirra y lino fino... regocijándose. Gloria a tu humillación, oh Maestro, que te vistes a ti mismo con luz como si fuera con un vestido". Luego, el sacerdote lleva la tela en la que está pintado o bordado el cuerpo de Cristo yacente en el sepulcro alrededor del templo antes de colocarlo dentro del Sepulcro, -kouvouklion- que simboliza la tumba de Cristo. Se nos recuerda que durante el entierro de Cristo Él desciende al Hades para liberar a los muertos cautivos durante los siglos antes de su Resurrección.

Las lecturas bíblicas de las Vísperas son: Éxodo 33,11-23; Trabajo 42:12-17; Isaías 52:13-54:1; I Corintios 1:18-2:2; y de los Evangelios Mateo 27:1-38; Lucas 23:39-43; Mateo 27:39-54; Juan 19:31-37; y Mateo 27:55-61.

HIMNOGRAFÍA

DECIMOQUINTA ANTÍFONA DE LOS MAITINES (PLAGAL DEL SEGUNDO MODO)

"Hoy está colgado en la Cruz el que colgó la tierra sobre las aguas. El que es Rey de los ángeles está vestido con una corona de espinas. El que envuelve los cielos en nubes está envuelto en la púrpura de la burla. El que en el Jordán liberó a Adán recibe golpes en el rostro. El Esposo de la Iglesia está traspasado con clavos. El Hijo de la Virgen es atravesado por una lanza. Veneramos Tu Pasión, oh Cristo: ¡Muéstranos también tu gloriosa Resurrección!"

EXAPOSTELARION

"En el mismo día, oh Señor, Tú le concediste al ladrón el Paraíso. Ahora por el madero de la Cruz, ilumíname y sálvame."

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por los Rev. Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.

1. *The Lenten Triodion*. translated by Mother Mary and Kallistos Ware (South Canaan, PA: St. Tikhon's Seminary Press, 1994), pp. 61-62, 565-622.
2. Calivas, Alkiviadis C. *Great Week and Pascha in the Greek Orthodox Church* (Brookline: Holy Cross Press, 1992), pp. 63-76.
3. Farley, Donna. *Seasons of Grace: Reflections on the Orthodox Church Year* (Ben Lomond, CA: Conciliar Press, 2002), pp. 137-140.
4. Wybrew, Hugh. *Orthodox Lent, Holy Week and Easter: Liturgical Texts with Commentary* (Crestwood, NY: St. Vladimir's Seminary Press, 1997), pp. 105-108.



SANTO Y GRAN SÁBADO

*«Los bálsamos son apropiados para los mortales,
pero el Cristo se ha revelado extraño a la corrupción».*

INTRODUCCIÓN

El Santo y Gran Sábado la Iglesia Ortodoxa conmemora el entierro de Cristo y su descenso al Hades. Es el día entre la Crucifixión de nuestro Señor y su gloriosa Resurrección. Los maitines del Sábado Santo se llevan a cabo el viernes por la noche, y aunque muchos elementos del servicio representan el duelo por la muerte y sepultura de Cristo, el servicio en sí es de una expectación vigilante con un carácter necesariamente resurreccional.

CONTEMPLACIÓN

El Santo y Gran Sábado la Iglesia contempla el misterio del descenso del Señor al Hades, el lugar de los muertos. La muerte, aquel que era nuestro último enemigo, es derrotada desde su propio interior: *"Él (Cristo) se entregó a sí mismo como rescate de la muerte en la que estábamos cautivos, vendidos al pecado. Descendiendo al Hades a través de la Cruz... Él desató las ataduras de la muerte"* (Liturgia de San Basilio).

Durante el Gran Sábado nuestra atención está colocada en la Tumba del Cristo. Esta no es una tumba cualquiera. No es un lugar de corrupción, decadencia y derrota. Muy por el contrario, es dadora de Vida, fuente de poder, victoria y liberación.

El Gran Sábado es el día entre la muerte de Jesús y su resurrección. Es el día de la **expectación vigilante**, en el que el luto se va transformando en alegría. El día encarna en el sentido más completo posible el significado del concepto heleno de *xarmolipi*-alegría-tristeza, que ha dominado las celebraciones de la Semana Grande. El himnógrafo de la Iglesia ha penetrado en el misterio profundo, y nos ayuda a comprenderlo a través del siguiente diálogo poético que ha ideado entre Jesús y su Madre:

"No llores por mí, oh Madre, al contemplar en el sepulcro al Hijo que concebiste sin descendencia en tu vientre. Porque resucitaré y seré glorificado, y como Dios exaltaré en gloria eterna a los que te engrandecen con fe y amar."

"Oh Hijo sin principio, en formas que superan a la naturaleza fui bendecida en Tu extraño nacimiento, porque fui librada de todo sufrimiento. Pero ahora, al contemplarte, mi Dios, como cadáver sin vida, soy atravesada por la espada del amargo dolor. Pero levántate, para que sea engrandecida".

"Por mi propia voluntad la tierra me cubre, oh Madre, pero los porteros del infierno tiemblan al verme, vestido con el manto ensangrentado de la reparación: porque en la cruz como Dios he derribado a mis enemigos, y resucitaré, y te engrandeceré".

“Que la creación se regocije sobremanera, que todos los nacidos en la tierra se alegren, porque el infierno, el enemigo, ha sido despojado, ya que al tercer día resucitaré”.

(Novena Oda del Canon)

El Gran Sábado es el día del descanso preeminente. Cristo observa un descanso sabático en la tumba. Su descanso, sin embargo, no es inactividad, sino el cumplimiento de la voluntad y el plan divinos para la salvación de la humanidad y del cosmos todo. **El que trajo todas las cosas a la existencia, hace todas las cosas nuevas. La recreación del mundo se ha realizado de una vez por todas.** A través de su encarnación, vida y muerte, Cristo ha llenado de sí mismo todas las cosas. Ha abierto el camino para toda carne a la resurrección de entre los muertos, ya que no era posible que el autor de la vida estuviera dominado por la corrupción.

San Pablo nos dice que: *“Dios estaba en Jesucristo reconciliando consigo al mundo”* (2 Cor. 5:19). Por lo tanto, la vida eterna, real y autogeneradora, penetró las profundidades del Hades. Cristo, que es la Vida de todos, destruyó la muerte por su propia muerte. Por eso la Iglesia canta con alegría ***“Las cosas ahora están llenas de luz, el cielo y la tierra y todo lo que está debajo de la tierra”*** (Canon de la Pascua).

La Iglesia se sabe "el lugar, la realidad eterna, donde la presencia de Cristo vence a Satanás, al infierno y a la misma muerte". La observancia solemne del Gran Sábado nos ayuda a recordar y celebrar la gran verdad de que *"a pesar de las vicisitudes y contradicciones diarias de la historia y la presencia permanente del infierno dentro del corazón y la sociedad humana"*, ¡la vida ha sido liberada de una vez y para siempre! Cristo ha quebrantado el poder de la muerte.

No deja de ser significativo que el ícono de la Resurrección en nuestra Iglesia sea el Descenso de Cristo al Hades, el lugar de los muertos. Este ícono representa a un Cristo victorioso, que reina en gloria, pisoteando a la muerte y tomando a Adán y Eva en sus manos, arrancándolos del abismo del infierno. Este ícono expresa vívidamente las verdades que resultan de la victoria de Cristo sobre la muerte por su muerte y Resurrección.

ICONOGRAFÍA

En el ícono de la fiesta se muestra a María Magdalena, María, la Madre de Dios, Juan, el discípulo amado, y José de Arimatea preparando el cuerpo de Cristo para la tumba.

CELEBRACIÓN

El servicio del viernes a la noche son los maitines del Sábado Santo. En este se intercala el canto de las lamentaciones, que tienen tres estaciones. En

la tercera stasis, cuando se canta el verso "*Eranan ton Tafon ai miroforoi miralian proi elthousai-Temprano en la mañana, las portadoras de mirra vinieron a ti y rociaron mirra sobre tu tumba*", el sacerdote rocía el Epitafio con agua de rosas, usando el *rantistirion* (aspersor). Este versículo suele repetirse tres o más veces. También se ha convertido en costumbre rociar a los fieles.

Al concluir el servicio, los fieles salen en procesión con el llamado Epitafio, la estructura que representa la tumba de Cristo, alrededor de la Iglesia cantando el himno Trisagion, de manera similar a la procesión tradicional para un funeral, así como las tres stasis de las lamentaciones.

Es costumbre que el clero y el pueblo sostengan velas durante el canto de las lamentaciones y en la procesión de los Epitafios. Esta práctica tiene sus raíces en las antiguas prácticas cristianas de entierro. Se encendían velas para simbolizar la victoria de Cristo sobre la muerte, y para expresar también la creencia de la Iglesia en la Resurrección.

Las lecturas bíblicas para el servicio de maitines son: Ezequiel 37:1-14; 1 Corintios 5:6-8; Gálatas 3:13-14; y Mateo 27:62-66.

La Liturgia que se celebra en la mañana del Santo y Gran Sábado es la de San Basilio el Grande y es vespertina. Comienza con las Vísperas, después de la entrada, se canta como de costumbre el himno vespertino '*Oh Luz gozosa...*'. Luego se recitan las lecturas del Antiguo Testamento. Estas cuentan los acontecimientos y profecías más sorprendentes de la salvación de la humanidad por la muerte del Hijo de Dios. El relato de la creación en Génesis es la primera lectura. La sexta lectura es la historia del cruce de Israel del Mar Rojo y el canto de victoria de Moisés sobre Faraón, con su estribillo: '*Porque gloriosamente Él es glorificado*'. La última lectura trata sobre los tres jóvenes en el horno de fuego de Babilonia, y su canto de alabanza con su repetido estribillo: '*Oh, alabad al Señor y exaltadlo supremamente por los siglos*'.

En la antigua iglesia se bautizaban los catecúmenos durante el tiempo de estas lecturas. La Epístola que sigue habla de cómo, por la muerte de Cristo, también nosotros resucitaremos a una Vida nueva. Después de la Epístola, el coro canta, como una llamada al Cristo dormido: "*Levántate, Señor, juzga la tierra, porque heredad tendrás entre todas las naciones...*" El diácono canta la lección de los Evangelios y lee el primer mensaje de la resurrección de San Mateo. Debido a que la parte del servicio de Vísperas pertenece al día siguiente (*Pasja*), los himnos del entierro del sábado se mezclan con los de la resurrección, de modo que este servicio ya está lleno de la alegría pascual venidera.

Después de la lectura de la Epístola, el sacerdote sigue la costumbre de arrojar laureles, diciendo: "*Levántate, oh Dios, y juzga tú la tierra, porque tú llevarás a todas las naciones a tu heredad*". El himno querúbico de este día es: "*Que toda carne mortal guarde silencio y permanezca en pie con temor y*

temblor...", un himno reflexivo de adoración y exaltación. La Divina Liturgia finaliza con el Himno de la Comunión: "Así despertó el Señor como quien duerme, y ha resucitado para salvarnos".

HIMNOGRAFÍA

APOLITIKIA RESURRECCIONALES

"Cuando bajó tu Cuerpo inmaculado de la Cruz, el honorable José lo envolvió en un sudario de lino limpio con especias aromáticas y lo sepultó en un sepulcro nuevo."

"Cuando descendiste a la muerte, oh Señor que eres Vida inmortal, entonces atormentaste al Hades con el relámpago de Tu Divinidad. Y cuando resucitaste a los muertos del inframundo, todas las Potestades de los cielos clamaban: ¡Oh Dador de vida, Cristo nuestro Dios, gloria a Ti!"

"El ángel que estaba junto al sepulcro gritó y dijo a las miroforas: los ungüentos son apropiados para los hombres mortales, pero se ha demostrado que Cristo es ajeno a la corrupción."

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.

1. *The Lenten Triodion*. translated by Mother Mary and Kallistos Ware (South Canaan, PA: St. Tikhon's Seminary Press, 1994), pp. 61-62, 622-661.
2. Calivas, Alkiviadis C. *Great Week and Pascha in the Greek Orthodox Church* (Brookline: Holy Cross Press, 1992), pp. 77-87.
3. Farley, Donna. *Seasons of Grace: Reflections on the Orthodox Church Year* (Ben Lomond, CA: Conciliar Press, 2002), pp. 141-144.
4. Wybrew, Hugh. *Orthodox Lent, Holy Week and Easter: Liturgical Texts with Commentary* (Crestwood, NY: St. Vladimir's Seminary Press, 1997), pp. 109-112.



SANTA PASCUA

*«Cristo resucitó de entre los muertos
venciendo a la muerte con su muerte.»*

INTRODUCCIÓN

En la Gran y Santa Fiesta de la Pascua, los cristianos ortodoxos celebran la resurrección vivificante de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo. Esta es la fiesta de las fiestas, es el día más significativo y clave en la vida de la Iglesia. Es una celebración de la derrota de la muerte, del pecado y la negatividad, ya que ni la muerte misma, ni el poder de la tumba pudieron mantener cautivo a nuestro Salvador. En esta victoria que vino a través de la Cruz, Cristo rompió la esclavitud del pecado, y por medio de la fe nos ofrece restauración, transformación y vida eterna.

CELEBRACIÓN

La Semana Santa llega a su fin al atardecer del Gran y Santo Sábado, mientras la Iglesia se prepara para celebrar su fiesta más antigua y preeminente, la Pascua, la fiesta de las fiestas. El tiempo de preparación dará paso a un tiempo de cumplimiento. La luz gloriosa y resplandeciente que emana de la Tumba vacía disipará la oscuridad de la inseguridad, el miedo y la muerte. Cristo, resucitado de entre los muertos, rompe la fortaleza de la muerte y hace "*cautiva la cautividad*" (Sal. 67:19). Todas las limitaciones de nuestra creación se desgarran. La muerte es absorbida por la victoria y la Vida es liberada para todos. "*Porque así como la muerte entró por un hombre, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados*" (I Cor. 15:21-22). Pascua es el amanecer del día nuevo e interminable a nivel existencial: la Resurrección constituye la liberación más radical y decisiva de la humanidad.

La Resurrección de Jesucristo es la verdad fundamental y el núcleo esencial de la fe cristiana. Es la experiencia central y el *kerygma* esencial de la Iglesia. Confirma la autenticidad de la notable vida terrenal de Cristo y reivindica la verdad de su revelación y enseñanza. Además sella toda su obra redentora: su vida, modelo de vida santa; su enseñanza convincente y única; sus obras extraordinarias; y su asombrosa muerte creadora de Vida. *La Resurrección de Cristo es la garantía de nuestra salvación*. Junto con su Ascensión, entronización a la diestra del Padre y su segunda Parusía, lleva a la perfección la unión de Dios con nosotros por toda la eternidad.

La Resurrección hizo posible el milagro de la Iglesia, que en cada época y generación proclama y afirma "*el plan de Dios sobre el universo, la divinización última del hombre y del orden creado todo*". La profunda experiencia y la fe inquebrantable en el Señor resucitado permitieron a los Apóstoles evangelizar el mundo y facultaron a la Iglesia para vencer la adoración de los ídolos creados. La Resurrección revela el poder indestructible y la sabiduría inescrutable de Dios. Elimina los mitos ilusorios y los sistemas de creencias mediante los cuales las personas, desprovistas del

conocimiento divino, se esfuerzan por afirmar el significado y el propósito de su existencia. Cristo, resucitado y glorificado, libera a la humanidad de los engaños de la idolatría en todas sus dimensiones. En Él la humanidad apegada a la tumba descubre y se llena de una esperanza incomparable. La Resurrección ilumina, vigoriza las almas, trae el perdón, transfigura vidas, crea santos y da alegría.

La Resurrección aún ha abolido la realidad de la muerte y ha revelado su impotencia, aunque aún hoy la muerte se observa como fenómeno (Heb. 2:14-15). Continuamos muriendo como resultado de la caída de nuestros antepasados. Nuestros cuerpos se descomponen y regresan a la tierra. *"Dios permite que exista la muerte como un fenómeno provisorio, pero desde un **prima** más profundo y esencial la vuelve contra la corrupción y su causa, el pecado, y establece un límite tanto para la corrupción como para el pecado"*. Así, la muerte física no destruye nuestra vida de comunión con Dios ni nuestro deseo natural de Trascendencia: nuestro destino es transitar de la muerte a la Vida, de este mundo de corrupción al Reino de Dios.

ICONOGRAFÍA

Uno de los íconos festivos más simbólicos de la Iglesia Ortodoxa es el de la Santa Resurrección. En el centro de este evento radiante está Cristo sacando violentamente a Adán y Eva de sus tumbas. Las puertas del Reino de la muerte están rotas y derribadas. La muerte, personificada en forma humana, es derrotada y atada de pies y manos en la parte inferior de la



escena. Recordamos las gozosas palabras de San Pablo: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Cor. 15:55)

En el fondo se encuentra la hueste de los dormidos por generaciones, tan numerosos que no se pueden representar. Entre ellos, al frente de la multitud, se encuentran algunos de los justos muertos, aunque ahora revividos por la Resurrección. El rey David y su hijo Salomón se ven a la izquierda con coronas. Cerca del centro está San Juan Bautista. Por otro lado está Abel, el hijo de Adán y el primer hombre en morir. Viste una túnica de pastor y tiene un bastón. Muchos íconos de este tema representan grandes multitudes con algunos otros profetas reconocibles.

CELEBRACIÓN

Antes de la medianoche del sábado por la noche, se repiten las Odas de lamentación del día anterior. El *Orthros* de la Resurrección comienza en completa oscuridad. El sacerdote toma luz de la luz de vigilia y se la da a los fieles, que sostienen velas. El sacerdote canta: *"Venid y recibid la luz de la Luz que no se apaga, y glorificad a Cristo, que resucitó de entre los muertos"*, y todo el pueblo se une a él cantando este himno una y otra vez. A partir de este momento, todo cristiano sostiene el cirio pascual como símbolo de su fe viva y profunda en la Resurrección de Jesucristo como Salvador. En muchas iglesias el sacerdote lleva a la gente fuera de la iglesia en procesión para realizar el servicio de la resurrección, donde lee el Evangelio que se refiere a la declaración de los ángeles: *"Ha resucitado, no está aquí"* (Mc. 16:1-8).

Luego llega el momento crucial de la celebración mientras el pueblo espera que el sacerdote inicie el himno de la Resurrección, y se unen a él para cantar, repetidamente: *"Cristo ha Resucitado de entre los muertos, pisoteando a la muerte con su muerte, y dando vida a los que están en el tumbas"*. A partir de este momento todo el servicio adquiere un alegre ambiente pascual. Los himnos del Canon de la resurrección, las odas y alabanzas de la Resurrección que siguen son de un significado profundo, esperanzador y jubiloso. El pueblo confiesa: *"Es el Día de la Resurrección, seamos gloriosos, abracémonos unos a otros y hablemos a los que nos odian; perdonémoslo todo y entonces clamemos, Cristo ha resucitado de entre los muertos"*. Con este himno admiten que el amor al prójimo es el fundamento sólido de la fe en la resurrección de Cristo.

A continuación se oficia la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo. Al final de la Liturgia, se lee una parte del maravilloso sermón festivo de San Crisóstomo, que llama al pueblo a *"participar en esta fiesta hermosa y radiante. Que nadie tenga miedo de la muerte, porque la muerte del Salvador nos ha hecho libres... Oh Muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh Hades, ¿dónde está tu victoria? Cristo ha resucitado y tú has sido destruido. A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos"*.

Las lecturas bíblicas para la Divina Liturgia son: Hechos 1:1-8 y Juan 1:1-17.

El Domingo de Resurrección por la tarde los fieles se reúnen una vez más para orar con velas encendidas en el servicio del "Ágape". Todos cantan el himno *"Cristo ha resucitado de entre los muertos"*. El pueblo se saluda con alegría durante los próximos cuarenta días, diciendo: *"Cristo ha resucitado"*, salutación pascual a la que se responde: *"Verdaderamente ha resucitado"*. Ellos cantan, *"las sombras oscuras de la Ley han pasado por la venida de la gracia"*, y de pie en exaltación exclaman, *"¿Quién es un dios tan grande como nuestro Dios?"*

El Evangelio según Juan (20,19-25) se lee en varios idiomas, proclamando la Buena Noticia de la Resurrección por todo el universo sin

discriminación. El fruto de la fe en la Resurrección del Señor es el amor en su Nombre; por eso, este día se llama "Domingo del Ágape" -fiesta del amor-, día dedicado a los principios cristianos, especialmente al perdón y la caridad. En este momento, los cristianos buscan terminar con los malentendidos y las discusiones entre aquellos con quienes pueden estar en desacuerdo. El apóstol Pablo interpreta con firmeza la resurrección de Cristo, diciendo: "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es vuestra fe" (1 Cor. 15:14).

HIMNOGRAFÍA

APOLYTIKION (PLAGAL DEL PRIMER MODO)

"Cristo resucitó de entre los muertos, por su muerte pisoteando a la muerte, y a los que estaban en los sepulcros dando Vida."

PRIMERA ODA DEL CANON DE PASCUA (PRIMER MODO)

"Es el día de la resurrección, seamos radiantes, oh pueblos: Pascua, la Pascua del Señor; porque Cristo Dios nos ha sacado de la muerte a la Vida, y de la tierra al cielo mientras cantamos el himno triunfal."

DOXASTIKON DE LAS ALABANZAS (PLAGAL DEL PRIMER MODO)

"Es el día de la Resurrección; estemos radiantes para la fiesta, y abracémonos unos a otros. Hermanos, digamos también a los que nos odian: Perdonemos todas las cosas en la resurrección; y así clamemos: Cristo ha resucitado de entre los muertos, por su muerte ha pisoteado la muerte, y a los que estaban en los sepulcros les ha dado la vida."

REFERENCIAS

Material Catequético perteneciente a la Arquidiócesis Ortodoxa Griega de Norteamérica, traducido al castellano y adaptado por S.E.R. el Arzobispo Metropolitano Iosif de Buenos Aires con el expreso permiso de la arriba nombrada jurisdicción del Patriarcado Ecuménico. Traducción en lengua portuguesa y edición por los Rev. Archimandritas André Sperandio e Irineo Tamanini.

1. Pentecostarion. Translated from the Greek by Holy Transfiguration Monastery (Boston: Holy Transfiguration Monastery, 1990), 27-42.
2. Calivas, Alkiviadis C. Great Week and Pascha in the Greek Orthodox Church (Brookline: Holy Cross Press, 1992), pp. 89-121.
3. Farley, Donna. Seasons of Grace: Reflections on the Orthodox Church Year (Ben Lomond, CA: Conciliar Press, 2002), pp. 147-152.
4. Wybrew, Hugh. Orthodox Lent, Holy Week and Easter: Liturgical Texts with Commentary (Crestwood, NY: St. Vladimir's Seminary Press, 1997), pp. 113-118.